

bien apisonada con la pala, el azadón ú otro instrumento, poniéndole después algunas piedras encima si las hubiere.

No puede ser más sencilla la operación: bien colocado el butrón como queda dicho, se forma por los operarios un semicírculo á su alrededor, el cual se va estrechando paulatinamente, ojeando el insecto suavemente al impulso de unas ramas de cualquier arbusto, y aun con los mismos sombreros de los trabajadores. El caso es moverlo, obligarlo un poco á que vaya dando saltos hácia el butrón, á favor del aire, y la misma práctica que adquieren los operarios en el primer día, basta para conseguir el objeto, que dará mejores resultados si á la cabeza de cada cuadrilla de cinco ó seis personas se pone un capataz algo experto. Este número de individuos es suficiente para manejar cada butrón; mientras le llenan, uno de ellos abre el hoyo para enterrar el insecto recogido.

Cuando esta operación se hace bien, y la infección es de grandes proporciones ó jabardos, una cuadrilla de seis ó siete personas puede coger é inutilizar en un día de ochenta á cien arrobas de langosta.

El arado y el fuego han sido, y son recursos que se han empleado también para destruirla, y cuantas observaciones se hayan hecho y se hagan en lo sucesivo acerca de los accidentes atmosféricos que desenvuelven los huevos de la langosta, y cuantas medidas puedan convenir á su extinción, son otros tantos medios con los que una autoridad celosa podrá evitar siempre males de consecuencia trascendental.



COLABORACION

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

DISCURSO

COMPUESTO POR EL DOCTOR TOMÁS RENDÓN, PROFESOR DE
LA CLASE SUPREMA DE GRAMÁTICA,
Y RECITADO POR UN ALUMNO DEL COLEGIO NACIONAL DE
CUENCA; DESPUÉS DE LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS.

Señores Superiores y Catedráticos.

Aunque la majestad imponente de este concurso, y la consideración de mis escasas dotes intelectuales son motivos poderosos para cerrar mis labios, y condenarme al silencio; sin embargo, tomo la palabra para cumplir con el deber que se me ha impuesto de solemnizar esta función literaria, pronunciando el discurso que se estila en ocasiones como la presente.

Extenso es, y demasiado extenso el tema que se me ha suge-

rido; pero me limitaré únicamente á lo muy preciso, procurando que mis reflexiones sólo recaigan en particulares que merezcan la atención de esta respetable concurrencia.

Triste era, Señores, dolorosa y aflictiva la situación de este establecimiento, en tiempos no muy remotos; pero desde que la legislatura del año 86 lo levantó de la postración en que se hallaba hemos tenido la complacencia de ver un cambio muy lisonjero para el porvenir.

Los jóvenes escolares han correspondido desde entonces, con mayor afán, á los deseos de sus directores, estudiando puntualmente las materias de su incumbencia, y guardando además una conducta muy conforme con las importantes amonestaciones del respetable eclesiástico que ha tomado sobre sí el peso abrumante del rectorado. Sus laboriosas y constantes faenas con la mira de conciliar á todo trance las letras con las prácticas de la moral evangélica, han sido hasta hoy dignas de todo encomio, y ojalá no se interrumpen en adelante; porque es bien sabido que nada importan los progresos literarios y científicos sino están en armonía con las creencias del catolicismo.

Ciencias sin religión, ciencias sin virtud son más á propósito para demoler, que para edificar. Sabios sin sentimientos religiosos solo sirven para verter la copa del mal y emponzoñar las sociedades con el veneno de doctrinas funestas. La historia imparcial y la experiencia de todos los tiempos y lugares vienen en apoyo de esta verdad.

¿Qué fué la Francia, Señores, á fines del siglo pasado, sino un emporio de hombres eminentes en las ciencias y en la literatura? Oradores, poetas, filósofos, hombres de Estado dieron el grito de libertad, y demolieron el trono de San Luis para labrar, según decían, la prosperidad de su patria; pero eran hombres sin religión, y nada hicieron en pro del bien público. Por el contrario, precipitándose hoy en un abismo, y mañana en otro, desencadenaron el poder de las tinieblas, y se convirtió la Francia en un vasto túmulo. ¡Qué crueldades, Señores, y qué escenas las que se presenciaron en esa época funesta! En medio de un cataclismo de calamidades, no se veían más que lágrimas y sangre, templos desiertos, absurdos erigidos en leyes, desorden en todos los estados y condiciones sociales, asesinatos en masa y el sentido moral arruinado por completo. Justicia, equidad, providad, gratitud, clemencia, todas las virtudes del alma, y las afecciones más dulces de la naturaleza humana habían desaparecido del pueblo francés, y no había en esto nada de extraño, porque el libertinaje es un monstruo que extingue la luz, y devora en las tinieblas todas las flores del alma.

Bien pueden pensar de otro modo los grandes políticos de nuestros días; pero lo cierto es que donde no hay religión, no hay sociedad, no hay justicia, no hay libertad. Los hombres que se llaman ilustrados, sin los sentimientos de la piedad religiosa, son

el mayor azote de los pueblos en que tratan de ensayar sus principios ominosos y sus teorías disolventes.

Con toda la pompa de su patriotismo y de su decantada ilustración, no son más que antorchas siniestras, destinadas á brillar en los funerales de los pueblos, como brillan los cirios mortuorios en torno de los cadáveres. Por esto los buenos maestros de educación han procurado siempre, y han procurado con ardor que las ciencias y la moral cristiana caminen á igual paso, á fin de que de los planteles de la Instrucción Pública salgan ciudadanos de costumbres intachables, hombres útiles y verdaderos sabios, dignos del amor y de la veneración de sus semejantes.

Propendiendo á este mismo resultado, el laborioso Rector que corre con la enseñanza religiosa de la juventud, ha trabajado semanalmente en este colegio con el interés propio de un verdadero amigo del progreso; y no hay duda de que sus instrucciones morales y religiosas serán mucho más benéficas en adelante si se hacen algunas reformas saludables en el aprendizaje de los jóvenes, proscribiendo para siempre las viejas rutinas que hemos seguido hasta hoy con manejo constante de textos que, aun los pensadores más ilustres de la sabia antigüedad, han detestado como perjudiciales á las buenas costumbres. Al tocar en este punto se me presenta, Señores, un campo inmenso que no me es posible recorrer en este instante. Con todo, diré algo sin divagar demaciado, sin abusar de vuestra atención.

Muchos son los autores que se han designado para las clases de latinidad; pero ¿hasta cuando, Señores, deberemos traducir á los Horacios y Virgilibios, á los Ovídios y Propercios, á los Salustios y Cicerones? ¿Hasta cuando será infructuosa y pagana la educación de nuestra juventud? ¿Qué adelantan los alumnos de los colegios con las imágenes poéticas de Horacio y Virgilio, ni con las cláusulas musicales de Cicerón y Salustio, cuando no hay en ellas enseñanzas que purifiquen los afectos, sino más bien lecciones que malean el corazón, y lo inutilizan para el bien? ¿Qué provecho puede haber para la moral de los niños en poetas que han puesto las flores de su fantacía al servicio de las pasiones más vergonzosas? ¿Puede concebirse una cosa más horrible que la Egloga de Virgilio: *Pastor Coridon ardebat Alexim*? En paíces como los nuestros en que se propaga la beodez, y en que han tomado las autoridades el laudable arbitrio de fundar asilos de temperancia, ¿qué lecciones de sobriedad se les da á los niños con las odas de Horacio en que se hacen tantos elogios del vino, y se habla de la necesidad de adormecer con la embriaguez los pesares de la vida? *Vino diluende sollicitudines*. ¿Qué gana la juventud con esos cuadros que desarrollan afecciones feroces, como son el de Bruto asesinando á sus hijos, porque sospecha de su patriotismo, y el de Scévola que aplica su brazo á las llamas, porque no ha descargado un golpe seguro en el asesinato de Porcena? ¿No fuera mucho mejor que los jóvenes manejen estos autores cuando tengan ya

sus costumbres fuera de peligro, y formado su criterio católico con las luces de una esmerada educación, según el espíritu del evangelio? Sin estas precauciones las obras de los paganos, y especialmente las de los poetas cuyo mérito no desconozco bajo muchos puntos de vista, solo sirven para hacer estragos en la juventud, é introducir más tarde en la sociedad una horda de hombres nocivos que solo viven cuando respiran en los desórdenes.

Creo, Señores, que en esto no hay exageración alguna, porque hasta los paganos han visto con displicencia las producciones almibaradas de los poetas que hechan á perder, poco á poco, las mejores disposiciones para la virtud. *Quantum mali afferunt poete?* dice Cicerón: *Molliunt animos nostros; ita sunt, dulces, ut non legantur modo, sed etiam addiscantur.* Agrega á esto que Platón tuvo mucha justicia para expulsar de su República á los favoritos de las Musas, y concluye admirándose de que el estudio insustancial de las obras poéticas se llame ilustración y doctrina liberal. *Rectè igitur à Platone educuntur (poete) ex ea civitate, quam finxit ille, cum mores optimos, et optimam Reipublice statum quereret. At vero nos... eruditionem liberalem et doctrinam putamus.*

Quintiliano se expresa casi en los mismos términos; pues aconseja que se impida siempre á los jóvenes la lectura de los poetas, á menos que su juicio esté ya firme con la edad, y sus costumbres aseguradas de antemano con las buenas enseñanzas. *Amovcantur poetarum libri, si fieri potest, sin minus, certè ad firmitus etatis robur reserventur, cum mores in tuto fuerint.* Ved aquí, Señores, reprobados y proscritos, aún por hombres sumergidos en las tinieblas del politeísmo, los libros que andan en nuestras aulas de gramática, sin proporcionar á la juventud más que incentivos para la voluptuosidad y otros vicios, con el brillo de las imágenes, y la enfonía del lenguaje.

¿Por qué no adoptamos, Señores en lugar de los clásicos paganos, los libros que forman ese volumen divino que se llama Biblia? ¿Por qué privamos á la juventud de ese cúmulo de bellezas que campean en la historia de Ruth y de Tobías, en el sublime libro de Job, en los salmos de David, en los vatisinios de los profetas, en los grandes pensamientos de Salomón, y en las historias políticas de los libros de los Reyes y de los Macabeos? ¿Por qué vemos con tanta indiferencia las páginas encantadoras del Kempis, las actas de los mártires del cristianismo escritas en un bellissimo latín, los preciosos himnos del Breviario romano, y las elocuentes correspondencias epistolares de San Jerónimo, de San Agustín, de San Ambrosio, de San León Magno, y del delicioso San Bernardo cuyo lenguaje dulce y florido ha sido siempre el encanto de los hombres de letras? ¿Acaso no se han hecho innumerables compendios de todas estas obras que es muy fácil poner en las manos de los niños para que, al mismo tiempo de instruirse en el idioma latino, se instruyan también en las máximas cristianas, y

adquieran un gran fondo de ideas útiles y provechosas? ¿Qué motivo hay para dar de mano á libros de tanta importancia y preferir las producciones paganas que han sublevado, en todos tiempos, la connivencia de los hombres más sobresalientes en las ciencias y en la literatura? Si dudáis, Señores, de lo que digo, he aquí algunos pasajes que no son indignos de vuestra atención.

Possevin, uno de los hombres más sabios del siglo XVII, perorando un día ante una asamblea pública, se expresó de este modo: “¿Cuál creis que es la causa que precipita á los hombres en el caos del sensualismo, de la injusticia, de la blasfemia, de la impiedad y del ateismo? Pues no es otra que el haberles enseñado desde la infancia todas las cosas, excepto la religión; es que en los colegios, planteles del Estado, *se les hace leer y estudiar todo*, menos los autores cristianos. Si en aquellos se les habla de religión, esta enseñanza se mezcla con la enseñanza impura del paganismo, verdadera peste del alma. ¿De qué sevirá, decidme, hechar en un gran tonel un vaso de buen vino. si al mismo tiempo se hechan barriles de vinagre, ó en otros términos, qué significa un poco de catecismo por semana, con la diaria enseñanza de las impurezas y de las impiedades paganas” ¡Qué palabras éstas, Señores! Escuchad ahora las de otros hombres no menos ilustrados que Possevin.

Sacy, el famoso comentador de la Biblia, reprueba el uso de autores que paganizan el espíritu de la juventud y dice: “¿Cómo podrán los padres y maestros formar los tiernos corazones de los niños, sino enseñándoles temprano las principales máximas del evangelio que convienen á su edad? Mas ¡ay! sucede con demasiada frecuencia que, en vez de historias edificantes é instructivas, que están á su alcance, les enseñan cuentos insulsos y ridículos, que no pueden menos de volverlos necios é impertinentes; se les hace leer poetas poco católicos, y las historias fabulosas de los antiguos, que manchan la imaginación de los niños, llenándoles el espíritu de sentimientos enteramente paganos, antes de hallarse instruidos en las verdades cristianas”

El celebre Manzoni, poeta que se ha elevado al trono de la gloria, en las alas de la oda, rechaza también las obras paganas, y se expresa así: “Ideas falsas de la virtud y del vicio, ideas exageradas, contradictorias, insuficientes sobre los bienes y los males, falsos consejos; he ahí lo que se encuentra en los autores paganos. De su excesiva veneración nace tanto sentimiento falso en la literatura.”

El sabio Jesuita Grou, increpando á los maestros de su misma orden, dice de igual modo: “Nuestra educación es enteramente pagana. No se hace leer á los niños, en los colegios y en las casas más que poetas, oradores é historiadores profanos. . . . Este sistema de estudio debilita el espíritu de piedad. . . . y es indudable que ha contribuido á formar ese gran número de incrédulos que ha aparecido desde el renacimiento.”

Un esclarecido literato y hombre de Estado, el Marquez de

Valdegamas, lanza igualmente un grito de indignación y dice: "No hay más que dos métodos para educar la juventud: el método cristiano que nuestros padressiguieron, y el pagano conque se ha sustituido desde el renacimiento. El segundo nos ha conducido al abismo; el primero es el que únicamente puede sacarnos de él."

Un distinguido escritor italiano, el abate Bartoli, en su obra intitulada: "El Hombre de letras," dice que el filósofo Crates arrojó un día al mar algunas monedas que habían llegado á merecer su cariño, y que los directores de la juventud deben hacer lo propio con los poetas paganos, repitiendo las mismas palabras del filósofo: Os pierdo para que no me echeis á perder: *mergo vos ne mergar á vobis.*

Napoleón 1^o ha manifestado también su aversión á los autores paganos, y he aqui sus palabras que se leen en las "Memorias de Santa Elena:" Observad por un momento, dice la torpeza de los que nos forman; deberían alejar de nosotros la idea del paganismo cuyos absurdos sirven de andadores á nuestros primeros razonamientos, y sin embargo nos educan en medio de los griegos y de los romanos con sus innumerables Divinidades. "

Por último, el gran Bossuet, según refiere uno de sus historiadores, decía constantemente que "los autores paganos no eran propios sino para añadir una seducción peligrosa á los encantos de una religión detestable que solo presenta cuadros voluptuosos recuerdos culpables y grandes escándalos; que deberían preferirse las grandes imágenes, los nobles pensamientos, y las expresiones originales, esparcidas en los libros sagrados, á la poética del paganismo, poética extraña á la religión, á la moral, á la legislación y á los hábitos de los pueblos que han abrazado el cristianismo.

Aquí tenéis, Señores, autoridades irreprochables que dan sobrada luz para ver el lóbrego abismo á donde marcha la juventud con el estudio de libros que se han hecho necesarios en nuestros planteles de educación, por razones que no son de mucha sustancia, como lo voy á demostrar con la brevedad que me permita la materia.

Se cree al presente, como se ha creído también desde el renacimiento de las letras, que los clásicos latinos son irremplazables con otros autores, porque solo en los poetas y prosadores del siglo de oro de los antiguos se puede aprender la buena latinidad; pero esto no pasa de un error de concepto, sabios de alta nombradía, filólogos y académicos de primera clase han dicho que el latin de los escritores católicos no sólo es tan bueno y tan bello, como el latin de los paganos, sino que aun tienen la ventaja de ser más claro, más inteligible, más transparente, y menos complicado en los giros de su sintaxis.

Erasmo, ese genio sublime, para quién la lengua latina era lo mismo que su lengua propia no ha tenido inconveniente alguno para decir que San Gerónimo, en punto á la bella y elegante latinidad, vale tanto como el orador romano. He aqui sus pala-

bras: *Hieronimus phrasi et artificio dicendi non Christianos modo omnes longo posit se intervallo reliquit; verum etiam cum Cicerone certare videtur. Ego certè, nisi me Sanctissimi viri fallit amor. videor mihi nescio quid in ipso elocuentie principe desiderare. Siceteri illustres aliequincum hoc conferantur, ob hujus eminentiam obscurantur.* ¿ Quereis, Señores, un fallo más desicivo que éste? En el concepto de Erasmo, Jues irrecusable bajo todos aspetos, basta un solo autor cristiano, que es San Gerónimo para competir con Cicerón, y eclipsar el brillo de todos los demás escritores latinos á pesar de su mérito indisputable.

La premura del tiempo no me permite citar otras autoridades más para que os covenzais hasta la evidencia de que los profesores de las clases de gramática, para enseñar á sus discípulos las elegancias de la bella latinidad, no han menester tanto de los clásicos paganos, como piensan y sostienen sus partidarios entuciastas cuya ciega adhesión á los textos de que me ocupo ha sido causa para que se radique también en nosotros la esencia de que nadie puede ser poeta ni orador distinguido, sin el estudio de los griegos y romanos; ¡ Grosera equivocación!

Toda la poesía del paganismo se oscurece y pierde de vista en presencia de la poesía de los libros sagrados. Esto no lo digo yo, Señores, lo dicen pensadores eminentes que han hecho un estudio profundo, tanto de las bellezas de la Biblia, como de los pasajes más notables de los poetas de Grecia y Roma; lo dicen humanistas insignes que se han recreado incesantemente con las entonaciones de las harpas bíblicas; lo dicen finalmente poetas de encumbrado vuelo lírico, cisnes ebrios de melodía, que han puesto los trozos más interesantes de la escritura en diversos metros latinos para el uso de la juventud. Las bellezas poéticas de la Biblia, bellezas de origen divino, no se encuentran, Señores en los autores profanos de la antigüedad. ¡ Qué sublimidad, que golpes de elocuencia, y qué rapidez de pincel en los cuadros de Ezequiel é Isaiás. cuando llenos del espíritu de Dios anuncian catástrofes horribles á pueblos que han corrompido sus caminos! ¡ Qué acentos de dolor, qué ayes del corazón en Jeremías, cuando pinta la ruina y la desolación de su patria! Sumergido en la noche de sus pesares, y con el alma desgarrada en girones, el profeta de los truenos se parece á esos lirios de los valles de Cachemira que según la relación de algunos viajeros, se embellecen más con las tenuous luces de la noche, que con los resplandores del día. ¡ Qué unción tan penetrante y qué afectos tan encendidos en los salmos de David! ¡ Qué entusiasmo y grandeza de ideas en los cánticos de Moisés! ¡ Qué ternura, qué profundas emociones, y qué bellezas dramáticas en la historia de José, víctima del odio de sus hermanos! ¡ Qué dulzura de afectos, qué suavidad de colores, y qué tesoros de saviduría en las parábolas del hombre—Dios! ¡ Qué incendios del amor divino, qué don de sentir mucho y de pensar bién en las inimitables cartas de ese gigante de la palabra que se llama el *Apostol de las gentes*! ¡ Qué

profundos misterios, qué serie de visiones asombrosas, y qué lobreguez de colores poéticos en el Apocalipsis de San Juan! El profeta de Patmos se remonta á los cielos, con vuelo de Águila, escucha cantos de melodía inefable, y anuncia lo que será la Iglesia Católica, desde su fundación hasta el momento pavoroso en que al estruendo de la trompeta del juicio último, se levanten del polvo de la muerte los vasos de honor y de ignominia. Tal es, Señores, la importancia de las páginas sagradas con relación á la literatura; y teniendo modelos de esta naturaleza ¿Podremos sostener, sin incurrir en la nota de insensatos, que nuestros jóvenes necesitan de maestros paganos para ser excelentes poetas? Dejo esto á la decisión de vuestro ilustrado criterio.

Por lo tocante á la elocuencia oratoria, puedo decir del mismo modo que los jóvenes de nuestros colegios no necesitan de Demóstenes ni de Cicerones para ser oradores sobresalientes. ¿En qué retóricos paganos estudiaron la oratoria tantos hombres ilustres á quienes el consentimiento universal reconoce como grandes? Razonando sobre este punto el Padre Ventura dice que Bossuet y Bourdaloue no tomaron su facundia en ningún maestro pagano sino únicamente en las obras de San Agustín y San Juan Crisóstomo. Por algunas biografías sabemos también que los más célebres abogados franceses que tanto brillaron en el siglo xvii como Lemaistre, Cochin, Terrasson y Rouillard no bebieron su maravillosa elocuencia en otras fuentes que en los discursos de los padres y doctores de la Iglesia.

A vista de todo esto, no vacilo en afirmar que si para las clases de gramática se adoptaran en éste y en todos los demás colegios de la República los autores cristianos que he mencionado, la instrucción de los niños sería mucho más ventajosa, y sus costumbres tomarían también un aspecto completamente satisfactorio.

Es cosa harto sencible que los exámenes de los estudiantes de gramática no se reduzcan cada año más que á las fábulas y fribulidades del paganismo; á los cuadros voluptuosos de los poetas; á las transformaciones y empresas de Dioses corrompidos y corruptores; á las supuestas arengas de los héroes antiguos, y á las cartas de Cicerón que muchas veces rebosan en los desahogos del odio, en las intrigas de la política, y en otras cosas que no armonizan mucho con las máximas del honor y de la virtud. Es harto sensible, repito, que los jóvenes se ocupen en semejante aprendizaje y que al fin de cada año escolar, no cosechemos sino escoria, pudiendo cosechar el oro de la literatura cristiana. Lo peor de todo es que, con este sistema de educación, nos hacemos risibles hasta en las prácticas de nuestro culto religioso; porque ante la luz del buen sentido, ¿Qué es esto de poner la república bajo los auspicios del Sagrado Corazón de Jesús, y nutrir al mismo tiempo el espíritu de la juventud con el pan y la carne del paganismo? ¿No es esto ridículo, Señores?

Sin embargo los jóvenes que estudian bajo el imperio de la

rutina, y que, sin ser responsables de nada, han cumplido con sus deberes escolares, manifestando el aprovechamiento que hemos visto, son dignos y merecedores de los premios honoríficos que han recibido; y ojalá que en adelante se les premie con más suntuosidad, porque los talentos, son por lo común, como las plantas que sólo florecen y fructifican con el riego de las recompensas.

¡Jóvenes alumnos! Por vuestra consagración y aprovechamiento, por vuestra laboriosidad y constante buena conducta, os habeis dignificado á los ojos de vuestros maestros y superiores, que os han guiado en el espinoso camino de vuestras labores literarias. Aceptad el homenaje de su estimación y de sus consideraciones en los escasos premios que acaban de distribuirse entre vosotros, y retiraos á vuestros hogares para disfrutar en ellos de las horas de reposo que os concede la ley. De acuerdo con ella se suspenden hoy vuestras tareas: tomad nuevos bríos con el descanso, y volved á continuar después con los estudios que os restan, procurando que vuestro trabajo sea siempre superior al de vuestros profesores. El aprovechamiento en las letras no depende tanto de los maestros, cuanto de los mismos aprendices. Nadie se eleva sino pone de su parte todo lo que necesita para su elevación. Sin el trabajo propio, poco ó nada adelantareis en vuestras aspiraciones literarias, aun cuando la naturaleza os haya dotado con aptitudes brillantes, con talentos capaces de razonar como Balzac, ó de comprender á los heroes como Plutarco y de cantarlos como el Tasso. Trabajad pues, jóvenes alumnos; redoblad vuestros esfuerzos, y seréis grandes. Seguid constantes el programa de vuestros superiores, ese programa no es otro que el de la alianza de las letras con la moral del cristianismo. Fijaos siempre en la bandera que ha izado vuestro Rector, esa bandera es la del orden, la del progreso del hombre en Dios, que es el progreso bien entendido. Trabajad á su sombra, y no olvideis jamás que los colores de su bandera son blancos y celestes.

HE DICHO.